V

Como no tuviera quehaceres de consideración, ó algún trabajo extraordinario bien retribuído, lo que sucedía muy contadas veces, Amparo acudía puntualmente todos los días al principal de la Costanilla de los Angeles. Allí la vemos siempre la misma, de humor y genio inalterables, grave sin tocar en el desabrimiento, callada, sufrida, imagen viva de la paciencia, si ésta, como parece, es una imagen hermosa; trabajadora, dispuesta á todo, económica de palabras hasta la avaricia, ligeramente risueña si Rosalía estaba alegre, sumergida en profundísima tristeza si la señora manifestaba pesadumbre ó enojo.

Oigamos la cantinela de todos los días:

«Amparo, ¿has traído la seda verde? ¿No? Pues deja la costura y ponte el manto: ahora mismo vas por ella. Pásate por la droguería y trae unas hojas de sanguinaria. ¡Ah! se me olvidaba: tráeme dos tapaderas de á cuarto... ¿Ya estás de regreso? Bien: dame la vuelta de la peseta. Ahora vete á la cocina, á ver qué hace Prudencia. Si está muy afanada, ayúdala á lavar la ropa. Después vienes á concluirme este cuello.»

Y con espíritu de protección, se remontaba otras veces á las alturas del patriarcalismo, como un globo henchido de gas se eleva al empíreo, y decía en tono muy cordial:

«Amparo, á la sombra nuestra puedes encontrar, si te portas bien, una regular posición, porque tenemos buenas relaciones y... ¡Ah!... ¿no sabes lo que me ocurre en este momento? Una

idea felicísima. Pues sencillamente que debías meterte monja. Con tu carácter y tus pocas ganas de novios, tú no has de casarte, y, sobre todo, no te has de casar bien. Con que piénsalo; mira que te conviene. Yo haré por conseguirte el dote. Creo que si se le habla á Su Majestad, ella te lo dará. Es tan caritativa, que si estuviera en su mano, todo el dinero de la nación (que no es mucho, no creas) lo emplearía en limosnas.»

Y otro día es fama que dijo:

«Oye, tú... se me ha ocurrido otra idea feliz... Hoy estoy de vena. Si te decides por el monjío, me parece que no necesitamos molestar á *la Señora*, que hartas pretensiones y memoriales de necesitados recibe cada día, y la pobrecita se aflige por no poder atender á todos. ¿Sabes quién puede darte el dote? ¿No se te ocurre? ¿No caes?... El primo Agustín, que está siempre discurriendo en qué emplear los dinerales que ha traído de América. Yo se lo he de decir con maña, á ver qué tal lo toma. Es la flor y nata de los hombres buenos; pero como tiene esas rarezas, hay que saberle tratar. Siendo tan dadivoso, no se le puede pedir nada á derechas. Es desconfiado como todos los hurraños, y á lo mejor te sale con unas candideces que parece una criatura. Hay que ser, como yo, buena templadora de gaitas para sacar partido de él... Ya ves, ayer me regaló un magnífico sombrero... Todo porque me vió afanadísima arreglando el viejo, y me oyó renegar de mis pocos recursos... Como tú ayudes, tendrás la dote... Me parece que es él quien llama. Hoy quedó en traerme billetes para el Príncipe... Y esa calamidad de Prudencia no oye... ¡Prudencia...! Tendrás que salir tú... No, ya abre esa acémila... Es él... ¿No lo dije? «Buenos días, Agustín. Pasa,

da la vuelta por allí. Pégale un puntapié á la cesta de la ropa. Ahora una bofetada á la puerta. Aproxima el baúl vacío. Aparta ese mantón que está sobre la silla... No te quites el sombrero, que aquí no hace calor.»

Esto pasaba en el cuartito de la costura, el cual era además guardarropa de Rosalía y estaba lleno de armarios y perchas, con cortinas de percal que defendían del polvo las faldas y vestidos. Baúles enormes ocupaban el resto, dejando tan poco sitio para las personas, que éstas, al entrar y al salir, tenían que buscarse un itinerario y muchas veces no lo encontraban.

«¿Y qué es de tu vida?—le preguntó Rosalía. —¿Has dado ya tu paseo á caballo?... Mira, ponte bien la corbata, que al paso que lleva, el lazo llegará pronto al cogote... ¡Ay, qué desgarbado eres! Si te dejases gobernar, qué pronto serías otro. Tú mismo no te habías de conocer.

—Ya estoy viejo para reformas—replicó Caballero sonriendo.—Déjame como soy. ¿Está bien así la corbata? Vaya unos melindres. Pásmate de lo que te digo: he vivido quince años sin ver un espejo, ó lo que es lo mismo, sin verme la fisonomía y sin saber cómo soy.

—¡Jesús! qué hombre... Y un día por fin te miraste y dijiste, como el de Caspe: «Otra que Dios, yo conozco esa cara...» ¿Oyes, Amparo?»

Las dos se reían. Agustín Caballero no era ya mozo; pero sin duda el cansancio y los afanes de una penosa vida tenían más parte que los años en la decadencia física que expresaba su rostro. En su barba negra brillaban hilos de plata distribuídos desigualmente, pues debajo de las sienes dominaban las canas casi por entero, mientras el bigote y todo lo que caía bajo el labio inferior era negro. El pelo, cortado á punta de tijera, ofrecía también caprichoso reparto de aquellos infalibles signos del cansancio vital: en los temporales, escarcha; en lo demás, intensa negrura ligeramente salpicada de rayitas argénteas. El color de su rostro era malísimo: color de América, tinte de fiebre y fatiga en las ardientes humedades del golfo mejicano, la insignia ó marca del apostolado colonizador que, con la vida y la salud de tantos nobles obreros, labra las potentes civilizaciones del mundo hispano-americano.

Siempre ví en Caballero una vigorosa constitución física, medio vencida en ásperas luchas con la Naturaleza y los hombres; una fuerte salud gastada en mil pruebas; una hermosura tostada al sol. Aquella cabeza y aquel cuerpo, bien cuidados por peluqueros y sastres, habrían sido algo más que medianamente hermosos. Pero el retraimiento social y un trabajo de Hércules quitaron para siempre á una y otro toda fineza y elegancia, y hasta la posibilidad de adquirirlas. Por esto, Caballero, con muy buen sentido, había comprendido que era peor afectar lo que no tenía, que afrontar tal cual era las vulgares apreciaciones de la afeminada sociedad en que vivía. En verdad, aquel hombre, que había prestado á la civilización de América servicios positivos si no brillantes, era tosco y desmañado, y parecía muy fuera de lugar en una capital burocrática donde hay personas que han hecho brillantes carreras por saber hacerse el lazo de la corbata. No es ésta la primera vez que, trasplantado aquí el yanki rudo, ha tenido que huir aburridísimo y sin ganas de volver más. Caballero permaneció más tiempo que otros, y desafiaba lo que podríamos

llamar su impopularidad. Había hecho sonreir con trivial malicia á muchas personas; era torpe para saludar, é incapaz de sostener una conversación sobre motivos ligeros y agradables. En medio de las expansiones de alegría, se mantenía seriote y taciturno. Si no ignoraba las fórmulas elementales del vivir social, era lego en otras muchas de segundo orden, que son producto del refinamiento de costumbres y de las continuas innovaciones suntuarias.

Su despreocupación no era tanta que le permitiese mirar con indiferencia la ridiculez que caía sobre él en ocasiones; y para evitarla, atento á su dignidad, que en mucho estimaba, huía del trato de las personas bulliciosas. Hacía vida retirada, y no sostenía relaciones constantes más que con sus primos los Bringas y con dos ó tres amigos del comercio y banca de Madrid, á quienes conoceremos más adelante.

En Octubre de aquel año, cansado Agustín de la para él tediosa vida de Madrid, marchó á Burdeos, donde tenía algunos negocios. Pero inopinadamente volvió, sin explicar el motivo de su pronto regreso. Tan sólo dijo á Bringas: «Allí me aburría más. Pero pienso volver si Dios me da vida, y me sale un proyecto que tengo.»

Cuando Rosalía con vivas instancias le retenía en su casa después de comer, y casi por fuerza le introducía en la modesta tertulia de su sala, se pasaba toda la noche en un rincón, más callado que si estuviera en misa, ó bien aguantando la verbosidad de algún señor mayor ó señora entrada en años, de las que hablan á borbotones. Respecto á su fortuna, nadie sabía la verdad. Quién la suponía colosal, quién regularcita y muy saneada; pero el propio misterio en que esta circunstancia estaba envuelta, hacíale más interesante á los ojos de muchos. Familia hubo, entre las relaciones de los Bringas, que le puso con bélico ardor las paralelas de la estrategia social para conquistarle. Pero él, revelando sutil agudeza, más propia del salvaje que del cortesano, resistía tan valerosamente, que los sitiadores levantaban el asedio. No hay que decir que todo se le dispensaba por la idea que tenían de su desmedida riqueza y de su noble y elevado carácter. Verdaderamente, si él hubiera querido ceder á tantas asechanzas amables, sus rudezas habrían pasado como donaires, y su sequedad por la más cumplida elegancia.

«Puedes fumar si quieres—le dijo Rosalía.—Ni á Amparo ni á mí nos molesta el humo del cigarro. Repítenos eso del espejo para que nos riamos otro poco. ¡Quince años sin verte la cara!

—Es cierto... Y durante dos años y medio estuvimos un amigo y yo en un monte de la Sierra Madre sin tener el disgusto de ver lo que llamamos una persona.

—Eso no necesitas jurarlo para que lo crea. Bien se te conoce. Y cuando llegaste á ver un sér humano, echaste á correr, ¿verdad? Esas mañas te han quedado, primo. La otra tarde, cuando estabas en la sala y entraron las de Pez, pegaste un brinco, y te faltaba tierra por donde huir. Yo creí que te tirabas por el balcón. ¿Por qué eres así, por qué tienes miedo á la gente? Haces mal, muy mal. Sin duda crees que no gustas, que se ríen de tí. ¡Ay, bobo, no, no! Todos te respetan y te alaban. Yo sé que no eres desagradable ni mucho menos. Gustas, chico; gustas, yo te lo digo. Eres simpático á muchas que yo me sé, y si tú no fueras tan encogido...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO
34048

—No me fío, no me fío,—murmuró Caballero, como quien sigue una broma.

—¡Qué timidez la tuya! ¡Cuidado que con cuarenta y cinco años...! ¿Me equivoco en la cuenta?

—Por ahí...

—Con cuarenta y cinco años no saber... no gustar de los placeres de la sociedad...

—Cada hombre—manifestó Agustín,—es hechura de su propia vida. El hombre nace, y la Naturaleza y la vida lo hacen. El mismo derecho que tiene esta sociedad para decirme «¿por qué no eres igual á mí?» tengo yo para decirle á ella «¿por qué no eres como yo?» A mí me han hecho como soy el trabajo, la soledad, la fiebre, la constancia, los descalabros, el miedo y el arrojo, el caballo y el libro mayor, la sierra de Monterey, el río del Norte y la pútrida costa de Matamoros... ¡Ay! Cuando se ha endurecido el carácter, como los huesos; cuando á uno se le ha pintado su historia en la cara, es imposible volver atrás. Yo soy así: la verdad, no tengo maldita gana de ser de otra manera.

—Ya comprendo, sí... Pero no se te pide que hagas el pollo; lo que se te pide es...»

Rosalía, que con grandísimo contento se metía en las honduras de este tema sabroso, por la autoridad y tino que en él sabía revelar, interrumpía con no menor disgusto á cada momento sus observaciones para atender á cosas domésticas. No pasaban cinco minutos sin que entrase Prudencia con un recado tan enojoso como importante: «Señora, el mielero.

—Que hoy no tomo.

—Señora, el del arrope... Señora, el carbonero... Señora, el panadero... ¿Cuánto tomo?... Señora, haga el favor de sacar la sopa... Señora, el vinatero... Señora, un recado de las señoras de Pez preguntando si va usted al teatro esta noche... Señora, jabón... Señora, ¿voy por mineral?»

Y la atormentada dama contestaba sin confundirse, y tenía que salir y entrar, y sacar cuartos, y dar órdenes, y pasar á la despensa, y dale y vuelve, y otra vez, y torna y vira... Pero no soltaba en medio del laberinto casero el hilo de su tema, y en un respiro siguió de este modo:

«Lo que se te pide es que seas amable, atento... y que no eches á correr cuando entran visitas...

—Basta, prima—dijo Caballero, fatigado ya del sermón...—Hablemos de otra cosa. Aquí tienes las butacas para la función de esta noche en el Príncipe.

—¡Oh! gracias... Eso sí, á obsequioso no te gana nadie. ¿Pero qué?... ¿has traído tres?... ¿vas tú?

—Yo no pienso... La tercera es para que vaya también...»

Hizo un gesto mostrando á Amparo, pues su timidez era tal, que á veces no osaba nombrar á las personas que tenía delante.

«¿Esta?... Por los clavos de Cristo, Agustín. Si ella no va, ni quiere, ni le gusta, ni puede,» manifestó Rosalía, dando á las ventanillas de su nariz toda la dilatación posible.

La idea sola de presentarse en el teatro con la chica de Sánchez, cuyo humilde guardarropa era incompatible con toda exhibición mundana, puso á la señora de Bringas en un estado de vivísima irritación. Ni comprendía que á su primo se le ocurriera tal dislate. Bastaba esta salida de tono, si no hubiera otras, para que Caba-

llero mereciera la borla de doctor en ignorancia social.

Amparo se reía sin decir nada, mirando á Caballero con indulgente desaprobación, como se mira á un niño merecedor por su buena índole de que se le perdonen las tonterías propias de la edad.

«Pues á oportuno no te gana nadie—dijo la Pipaón ensañándose un poco con su primo.—Buena cosa le propones á ésta. La ofendes... sin mala intención... le das una puñalada proponiéndole ir al teatro. ¿De qué crees que hablábamos las dos ahora, y no sólo ahora, sino otras veces? ¿Cuál es la afición, el deseo de esta infeliz? ¿No sabes? Tú qué has de saber si siempre estás en Babia. No tienes penetración. Otro cualquiera habría comprendido que Amparo está demente por hacerse monja... Eso se cae de su peso, porque verdaderamente, no puede, no debe, no está en circunstancias de aspirar... ¡Si no hablamos en casa de otra cosa...!

—Poco á poco, señora mía—observó Caballero sonriendo.—A mí no me han dicho nada.

—Pero eso se comprende, eso se adivina—replicó ella con la vehemencia que ponía siempre en sus apreciaciones sobre la cosa más absurda. —El hombre de sociedad caza las ideas al vuelo. Tú, si no te ponen las cosas delante, así, en la punta de la nariz, no las ves.

—Acabáramos.

—Otro hombre listo habría conocido la dificultad que hay para realizar este pensamiento, la dificultad de la dote... Esto se cae de su peso. Amparo es pobre. Nosotros somos ricos de buena voluntad nada más. Es verdad que tenemos buenas relaciones, y las buenas relaciones allanan los peores caminos. Nosotros tenemos muchos amigos, entre ellos algunos que son poderosos. ¿Seremos tan desgraciados que no encontremos algún solterón rico que tenga un arranque de generosidad y diga: «yo doy la dote para esa señorita monja?»

Rosalía miró al primo revelando la seguridad de obtener respuesta categórica y feliz á la indirecta que acababa de dirigirle. Agustín, herido en su sensible corazón, respondería infaliblemente: «Aquí está el hombre.» Pero la de Bringas vió fracasado por aquella vez su astuto plan, porque el primo, sin revelar haberlo comprendido, se levantó de súbito y dijo:

«Pues yo, prima, tengo que marcharme.»

Con mal disimulado despecho, Rosalía no pudo menos de exclamar:

«Eso es... siempre tan brutote... Abur, hijo, que te vaya bien; expresiones en llegando.»

VI

Caballero dió un paso hacia la puerta. Pero en aquel instante entraron los dos niños pequeños de Rosalía, que venían del colegio. Corrieron ambos á abrazar á su mamá, y después á Amparo.

«Un besito al primo.

—Ven acá, mona,—dijo Caballero, que tenía pasión por los niños.

—La merienda, mamá,—clamaron los dos á un tiempo.

—La merienda, mamá,» repitió Caballero, tomando á cada uno de una mano y saliendo con ellos hacia el comedor.